

Carlos Préndez Saldías

## El postino

Caballejos alazanes,  
con años que no se miden,  
tiran su sombra de huesos  
junto al farol que se extingue  
y un ronquido en el pescante  
es el aviso de «libre».

Dos sombras suben al coche.  
¿Hombre y mujer? No lo dice  
romancero precavido,  
pero son dos los cojines,  
y mientras uno se agacha,  
el otro esponja sus crines.

Desde el mundo de los sueños  
la portezuela al abrirse  
trajo al auriga la fusta  
y las riendas al esguince,  
y los alazanes lerdos  
ya dejaron de morir.

Mientras más suenan las llantas  
es hierro de más estirpe.  
¡Orgullo con que las oye  
el cochero huasca en ristre,  
que al cruce de las esquinas  
lo liberan de que silbe!

¡Sarta de chispas y luces  
el trote en los adoquines!  
Canciones de hierro y piedra  
las llantas dejan al irse,  
y se pierde el bullanguero  
ocultando sus melindres.

Alguien dió con que tenías  
arisco el regazo humilde,  
y sordas llantas de goma  
te hicieron falsa molicie.  
¡Si parece que te quedas  
y van los jamelgos libres!

Te fueron matando a pausa,  
a ti, que a pausa viviste.  
En bocina de estridencia  
llegó el silbido a morirse,  
y espejo de tus charoles,  
¡ya sin mano que los pinte!  
A la ciudad en premura  
tu rengo andar no le sirve,

que encontrón y barquinazo  
tornan la vida imposible,  
y pasa a lujo de pueblo  
tu esqueleto negro y simple.

¡Qué lejos entre la niebla  
de lo que tuvo que irse!

## El paco

Paño azulenco el dormán;  
los botones, amarillos  
con la estrella nacional;  
cinturón de cuero negro  
y en la vaina el yatagán.  
Pantalón azul marino  
que nunca supo llegar  
donde alcanza el pantalón  
de todo buen capitán,  
y los calcetines crudos  
salían aire a tomar.  
Kepís con número al frente.  
¡El paco entero y cabal!

La risa de los granujas  
cuando te oían pitear  
por un borracho indefenso  
«a sargento» y «a oficial»!  
—¡Cobarde el paco asoleado!—

Y era un reír y alegar  
del corrillo callejero,  
y era tuyo el traspasar,  
que nunca razón tenías  
en la inquina popular.

Del agua y la malquerencia,  
y del sol y el ventarral  
se desquitaba con creces  
tu corazón policial.

¡Qué romances en penumbra!  
¡Qué lecho en cada zaguán!  
Y las criadas del barrio  
nueve lunas a contar . . .

El uniforme azulenco,  
el pito en largo sonar,  
así estás en mis recuerdos,  
paco de mi mocedad.